

La desfiguración de la representación política: populismo y bonapartismo en el siglo XXI

Mariano Sánchez Talanquer

Guillermo O'Donnell describió a la democracia como un régimen en crisis permanente.¹ Mientras vive, decía, la democracia dirige la mirada de un presente más o menos insatisfactorio hacia un futuro de posibilidades aún incumplidas. En ella anidan las aspiraciones más humanas de reconocimiento, respeto, dignidad, libertad y bienestar; éstas, sin embargo, se mantienen irremediabilmente incompletas. El término mismo evoca una ausencia. Invita a mirar hacia el horizonte, pero como para los navegantes que perseguían el borde del mundo, éste se mantiene fuera del alcance.

Al mismo tiempo, la democracia es inseparable de la expectativa y la promesa. En sus múltiples variantes, los autoritarismos anestesian la exigencia popular mediante la cooptación, la intimidación y el implacable garrote, empleado en distintas dosis pero sin excepción. También pueden infundir conformismo de formas insidiosas, como lo retrató Havel en un ensayo-testimonio de otras luchas, pero, releído desde la era de la posverdad, de vigencia inquietante: tergiversando el lenguaje político; machacando la propaganda como Verdad; fabricando un sentido de inevitabilidad sobre su poder; e imponiendo una pesada cotidianidad contaminada por rituales de sumisión, actos selectivos de humillación y símbolos huecos, pero omnipresentes. Sumir a los individuos en un mundo de mentiras y “hechos alternativos” puede ser perversamente eficaz para aniquilar el espíritu político colectivo.²

La democracia, en cambio, permite y hasta fomenta las grandes esperanzas. Incubar expectativas que rebasan las posibilidades del presente, abrigar demandas universales, incorporar exigencias siempre expansivas es todo parte de su naturaleza misma. Los aspirantes políticos viven de prometer un futuro mejor. Las leyes reconocen a los ciudadanos como sujetos de derechos

¹ Guillermo O'Donnell, “The Perpetual Crises of Democracy”, *Journal of Democracy* 18, núm. 1 (2007): 5–11.

² “No es necesario que los individuos se crean todas estas mistificaciones, pero deben comportarse como si lo hicieran, o al menos deben tolerarlas en silencio, o llevarse bien con los que se basan en ellas. Por esa razón, sin embargo, deben vivir dentro de una mentira. No necesitan aceptar la mentira. Basta con que hayan aceptado su vida con ella y en ella. Con este mismo hecho, los individuos ratifican el sistema, consolidan el sistema, hacen el sistema, son el sistema.” Václav Havel, *El poder de los sin poder*, trad. Vicente Martín Pindado y Beatriz Gómez (Madrid: Ediciones Encuentro, 1990).

universales. Los gobernantes, al menos en el papel, actúan en nombre del pueblo. Las elecciones, por imperfectas que sean como mecanismos para controlar a los poderosos, obligan a conseguir el consentimiento explícito de la gente “común y corriente”. Y ahí, en el momento mismo de la conformación del poder, la democracia recuerda a los ciudadanos su igual valor como agentes morales (una persona, un voto) —lo que subraya incómodas contradicciones y distinciones: entre lo formal y lo real, la teoría (derechos ciudadanos universales) y la praxis (privilegios particulares), la igualdad política-legal y las desigualdades estructurales.

En esa brecha, abierta y a veces expansiva, germina la insatisfacción. Las rutinas mismas de la democracia ponen el dedo en la llaga que separa el *es* del *deber ser*. Y su institucionalidad da rienda suelta al despliegue del descontento. Protege la libre expresión. Abre espacio para la organización colectiva. Permite la crítica y la protesta. Somete a los representantes, siempre nerviosamente pendientes de “la opinión pública”, a examen periódico de la multitud, la mayoría, “el populacho”, elevado a la condición de soberano —el que manda con autoridad suprema, sin obedecer a nada ni a nadie. E invita a los opositores a valerse de la inconformidad, incluso a azuzarla, para desafiar al gobierno y hacerse del poder.

De modo que la democracia trae consigo escurridizas promesas vitales, de la mano con condiciones para el desfogue de la frustración por el cumplimiento siempre parcial, desigual, insuficiente. Por eso, como intuía O’Donnell, se trata del régimen que invoca incesantemente su propia crisis. Por eso también escapa una definición unívoca, oficial, definitiva. Como todos los conceptos con historia,³ su significación está enzarzada en la batalla política —el negacionismo ingrato de parte de la izquierda mexicana respecto a la transición democrática lo ilustra bien.⁴ Incluso, en perspectiva histórica, la connotación positiva del término es apenas reciente.⁵ Las

³ El punto de Nietzsche sobre el castigo: “todos los conceptos en los que se condensa semióticamente un proceso entero escapan a la definición; definible es sólo lo que carece de historia”. Friedrich Nietzsche, *La genealogía de la moral*, trad. Andrés Sánchez Pascual (Madrid: Alianza Editorial, 1979), 91.

⁴ Según la fuerza política en el poder, la democracia “verdadera” se ha inaugurado sólo con su triunfo en 2018, reflejo no de la vigencia de procedimientos democráticos sino conquistado pese a su ausencia. La insistencia presidencial en que asistimos a un “cambio de régimen” así como la épica de la “Cuarta Transformación” —que identifica la Independencia, la Reforma, la Revolución y la llegada de Morena al poder como los hitos en la historia de México— se contraponen con la periodización que otorga trascendencia histórica al fin del régimen autoritario del siglo XX. De manera problemática, la nueva narrativa oficial invisibiliza los costos humanos del autoritarismo mexicano y borra de la historia la transición democrática, que irónicamente sentó las bases para el triunfo de López Obrador en elecciones libres o, en los términos de su relato, “la primera transformación pacífica, sin violencia”. La trampa retórica es preocupante porque autoriza embates contra instituciones democráticas que supuestamente eran solo una fachada, pero ejemplifica el punto de que la discusión semántica sobre la democracia está atada al conflicto político.

⁵ John Dunn, *Setting the People Free: The Story of Democracy*, 2da ed. (Princeton, NJ: Princeton University Press, 2019).

definiciones de la democracia son tan amplias como las visiones políticas, los anhelos y las aspiraciones que en ella se depositan, nunca del todo realizadas. Esperanza e insatisfacción son dos caras en apariencia contradictorias, pero inherentes, de la moneda democrática.

Hoy parecemos asistir a un nuevo ciclo histórico de crisis democrática, intenso y de alcance global. Estas crisis pueden derivar en cambios sustanciales en la distribución de poder dentro de las unidades políticas (están ya haciéndolo), incluso en una redefinición de las formas, actores e instituciones democráticas, pero también en su muerte. Como documentan con precisión Lührmann y Lindberg en el ensayo incluido en este número, “una tercera ola de autocratización está aquí”. La *otra* “tercera ola”, la de la democracia a fines del siglo XX, la convirtió en la forma más extendida de organización política en el mundo por primera vez en la historia humana. Viejos y nuevos problemas de desigualdad, pobreza, degradación ambiental, corrupción o crimen siguieron afectando al grueso de las sociedades; el autoritarismo, aunque empujado a la retaguardia, encontró formas de reproducirse, a veces hablando el lenguaje democrático y disfrazándose con sus ropajes.⁶ Sin embargo, la democracia parecía haber conquistado una victoria decisiva como sistema insuperable para lidiar con éstos y otros desafíos. Sus principios e instituciones medulares alcanzaron un predominio práctico y retórico sin precedentes, creando expectativas de una nueva era global de cooperación, libertad política y prosperidad compartidas.

El avance mundial de la democracia trajo mejoras sustantivas en el bienestar individual y social, sin que México sea la excepción —aunque afirmarlo en medio del estancamiento económico secular y la violencia criminal desatada parezca un chiste de mal gusto. De América Latina a Europa del Este, millones de personas vieron expandirse las posibilidades de expresar sus opiniones políticas, organizarse y participar en los asuntos públicos sin temer la intimidación o la represión estatal. La tolerancia hacia las minorías —étnicas, sexuales, etcétera— y los derechos de grupos sociales tradicionalmente discriminados, como las mujeres, adquirieron mayor vigencia y arraigo. Además, las elecciones libres y equitativas permitieron a sociedades de las más variadas configuraciones culturales y socioeconómicas procesar divisiones políticas profundas en paz. La alternancia en el poder por la vía de las urnas redujo la violencia política, mientras que derechos y libertades de nueva adquisición habilitaron a los ciudadanos para ejercer mayor vigilancia y

⁶ Steven Levitsky y Lucan Way, *Competitive Authoritarianism: Hybrid Regimes after the Cold War* (Nueva York: Cambridge University Press, 2010).

rendición de cuentas sobre los gobernantes, así como para introducir demandas en sus sistemas políticos.

Aun así, los vientos han cambiado de dirección. La democracia representativa está hoy a la defensiva. Las ganancias del pasado parecen vulnerables; las probabilidades de nuevos procesos de democratización desalentadoras. Las expectativas de gobiernos eficaces, honestos y sensibles a las demandas populares han dado paso al desencanto y, peor aún, a denuncias iracundas de traición. A lo largo y ancho del mundo democrático, los ciudadanos están insatisfechos con la representación, resentidos con los políticos, frustrados con la aparente incapacidad de los sistemas políticos de dar respuesta a sus problemas y crecientemente dispuestos a recurrir a agresivas alternativas antisistema. A ojos de las mayorías, la élite del poder —en el sentido clásico de Wright Mills— ha secuestrado la capacidad de decisión y mantenido privilegios a expensas del “pueblo”. Las personas sienten haber sido despojadas del control sobre sus propias circunstancias y de la posibilidad de determinar, con los otros, el futuro colectivo. Extraviado ese sentido democrático esencial, los electorados se inclinan por quien promete devolvérselos o, por lo menos, enterrar a sus verdugos. Como clamaban los argentinos a la vuelta del milenio, “¡Que se vayan todos!” O como reza el cántico enfurecido de las multitudes en los mítines de Trump, por poner un ejemplo más reciente y de una de las “cunas” de la democracia: “*Lock her up! Lock her up! Lock her up!*”⁷

En democracias avanzadas, las fuerzas de la globalización, la pérdida de soberanía nacional y el cambio sociodemográfico asociado a la migración desde el “Sur global” han polarizado a los electorados e incitado actitudes excluyentes entre grupos que, con ansiedad, ven su ascendencia económica y social tradicional bajo amenaza. La lenta y desigual recuperación de la economía mundial tras la Gran Recesión de fines de los 2000 sigue siendo una fuente de agravios. Sus efectos duraderos siguen vertiendo combustible en la pradera, ya de por sí inflamable a consecuencia de procesos estructurales en marcha desde el giro global hacia las políticas de mercado, hace ya cuatro décadas: la acumulación extrema de riqueza en la cúspide de la pirámide dentro de los países,⁸ la financiarización de las economías, el fortalecimiento de órganos de decisión supranacionales o

⁷ “¡Encarcélenla, encarcélenla, encarcélenla!” La frase se refiere a Hillary Clinton, la contendiente demócrata en las elecciones presidenciales de 2016 y, para los críticos, representante fiel de la élite político-financiera global, desconectada de los problemas de los ciudadanos de a pie y en especial de los trabajadores blancos de las regiones afectadas por el declive industrial. Ciertamente, Clinton no mostró la cara más comprensiva cuando en plena campaña se refirió a “al menos la mitad de los seguidores de Trump” como “un amasijo de gente deplorable” (*a basket of deplorables*).

⁸ Thomas Piketty, *Capital in the twenty-first century* (Cambridge, MA: The Belknap Press of Harvard University Press, 2014).

autónomos aislados de procesos democráticos, la precarización del empleo o la intensificación de la inseguridad económica por la exposición al mercado global.

En varias democracias jóvenes, las pulgas se pegan a perro flaco. A las mejoras apenas notables —y vulnerables a las crisis— en las condiciones materiales de vida, se suman el miedo existencial al crimen, altos índices de violencia, percepciones de corrupción extendida y la impunidad rampante. Con Estados de muy baja calidad, incapaces de proveer servicios básicos como la seguridad y la justicia con mínima eficacia, es casi imposible gobernar bien. Tras varias rondas electorales, el mal desempeño gubernamental inducido por la debilidad estatal termina manchando a todos los partidos, generalizando el descontento con el sistema.⁹ Sumemos la sensación de que, pese a las dificultades de los demás, unos cuantos gozan de la buena fortuna de siempre, con natural indiferencia. El enigma no es la desconfianza general en las instituciones establecidas ni la irritación popular, sino el momento y las formas específicas en que se manifiestan políticamente.

Así, de norte a sur, como en dominó, las actitudes antisistema se han extendido entre los electorados del mundo democrático. La sabiduría popular parece haber migrado del repetido “más vale malo por conocido, que bueno por conocer” a un “más vale incierto por conocer, que pésimo por conocido”, un talante sin duda más arriesgado pero revelador del hartazgo. Las ganas colectivas de sacudir el tablero han vuelto atractivas opciones políticas que antes se habrían descartado como peligrosas o absurdas, incluso a riesgo de sacrificar conquistas democráticas arduamente perseguidas hace apenas una generación. Porque el terreno es fértil para las fuerzas de cambio, pero en el mismo tren pueden viajar oportunistas políticos con olfato desarrollado, voluntad de poder e inclinaciones autoritarias. Estos actores, dispuestos a aprovechar el río revuelto y enturbiar más las aguas, pueden colarse por las vías electorales para después demoler los estorbos y, valiéndose del descrédito de lo establecido, concentrar el poder a costa de las instituciones democráticas.

En efecto, la crisis de la democracia representativa tiene características distintivas en la era del espectáculo, la imagen y el internet. A diferencia de los colapsos súbitos del pasado, al tronido de las bayonetas, las democracias ahora parecen más vulnerables a procesos graduales de

⁹ Mariano Sánchez Talanquer, “¿Democracia Clientelar? La Representación Política Frente a La Debilidad Estatal”, *Perspectivas - Fundación Friedrich Ebert* (2019), disponible en: <https://library.fes.de/pdf-files/bueros/mexiko/15562.pdf>. Véase también Scott Mainwaring, “The Crisis of Representation in the Andes”, *Journal of Democracy* 17, núm. 3 (2006): 13–27.

descomposición institucional que atraviesan por la arena electoral misma.¹⁰ Las herramientas de la democracia, empezando por el voto, son utilizadas contra la democracia misma. De Estados Unidos a Hungría, Italia o Brasil, nuevas figuras políticas, con lealtades cuando menos cuestionables hacia las normas y los procedimientos democráticos, se han abierto paso en los sistemas políticos, lanzando *tweets* incendiarios y capitalizando las varias inseguridades de la era contemporánea —económica, física, existencial. De manera nada inocente, estas fuerzas refuerzan la visión de que las instituciones establecidas están irremediabilmente al servicio de minorías poderosas. Con frecuencia, ofrecen también el dulce envenenado de la refundación o la vuelta a un pasado glorioso (*Make America Great Again*), haciéndose así de un mandato para cargar contra “el sistema” en su conjunto.

Las transiciones completas hacia el autoritarismo puro permanecen todavía restringidas a un cúmulo de casos, pero procesos insidiosos de degradación democrática son visibles por doquier. Con perplejidad, somos testigos de cómo normas de respeto mutuo, contención y tolerancia de la oposición política se evaporan en países de larguísima tradición democrática. Los ejecutivos estiran, cuando no traspasan, los límites constitucionales. Las instituciones informales que complementan a los sistemas legales y mantienen la buena voluntad entre oponentes políticos se debilitan en paralelo. En la esfera pública, el “debate” se vuelve tribal y el tono estridente, hasta el punto en que el prejuicio identitario prevalece sobre la argumentación razonada. Los hechos mismos se tornan cuestión de opinión política.

Valiéndose de agravios reales y extendidos, nuevos “hombres fuertes” concentran el poder, adoptan estilos autoritarios de gobierno, estigmatizan la oposición y transgreden las reglas democráticas de maneras que, hasta hace no mucho tiempo, estaban fuera del marco de lo posible. En algunos casos, como Brasil (¿y México?), los generales vuelven a recorrer los pasillos del poder y llevar la voz cantante en tareas bien alejadas de la defensa nacional, ahora sin necesidad de lanzar un solo disparo contra las autoridades constituidas. Incluso lo antes inimaginable —autoritarismo

¹⁰ Como se lee en el libro de Levitsky y Ziblatt, un raro caso de un *bestseller* escrito por politólogos profesionales: “así es como tendemos a pensar que mueren las democracias: a manos de hombres armados... Pero hay otra forma de aniquilar la democracia. Es menos dramática pero igual de destructiva. Las democracias pueden morir a manos no de generales pero de líderes electos —presidentes o primeros ministros que subvierten el proceso mismo que los trajo al poder. Algunos de estos líderes desmantelan la democracia con rapidez, como Hitler en Alemania tras el incendio del Reichstag en 1933. Más a menudo, sin embargo, las democracias se erosionan lentamente, en pasos apenas apreciables.” Steven Levitsky y Daniel Ziblatt, *How Democracies Die* (Nueva York: Crown, 2018), 3.

en ascenso en democracias avanzadas, nada menos que en el “líder del mundo libre”, Estados Unidos— es de pronto indiscutible.

Para decirlo en corto: la democracia representativa parece vivir horas decisivas. Las implicaciones del momento actual son materia de debate entre analistas, académicos y los ciudadanos mismos. Para algunos, las insurrecciones electorales representan una necesaria sacudida a sistemas representativos que han fracasado en responder a las demandas populares. Más que escandalizarse por “los populistas”, los demócratas liberales harían bien en arremangarse, preocuparse por la deriva oligárquica de las democracias contemporáneas y plantearse seriamente si el gobierno representativo sigue siendo el formato institucional más adecuado para alcanzar los ideales democráticos en las complejas sociedades modernas; si el partido político tradicional sigue siendo el mejor vehículo de incorporación popular a la vida pública; y pensar en las adaptaciones que necesita la maquinaria democrática para seguir funcionando. Al menos, antes de gritar “populismo” o “fascismo” a la primera provocación, habrían de tratar de distinguir entre el ruido la voz desesperada y resentida de muchos de sus conciudadanos, para tomar cartas en el asunto.

Los más entusiastas consideran que el ascenso de movimientos populistas contestatarios, con su *vis* igualitaria, pone por fin bajo la lupa instituciones y políticas que sostienen rígidas jerarquías sociales. Según estas visiones, la articulación populista del descontento da voz, dentro de la arena democrática, a formas de malestar y sufrimiento que permanecían silenciadas, fragmentadas y confinadas al ámbito individual. Esta incorporación política de agravios extendidos no puede significar sino un avance en el sentido democrático más puro: el gobierno del pueblo y para el pueblo, la reivindicación de la gente común. Aunque el apoyo a varios de estos movimientos corta transversalmente las divisiones de clase y otras fracturas tradicionales, la incomodidad de “las élites” del imaginario populista es prueba misma de la devolución del poder al “pueblo” soberano.

Pero existen también interpretaciones más sombrías. Para muchos, la vieja y duramente aprendida lección de que la democracia es una construcción frágil y reversible parece haber sido arrumbada en el fondo del cajón. Mientras tanto, el adagio clásico de que la democracia degenera en despotismo por la vía de la demagogia se está volviendo nuevamente realidad. El justificado enojo popular está siendo capitalizado por el personalismo autoritario, respaldado incluso por demócratas incautos. Éstos, sin embargo, no deberían mirar para el otro lado hasta que sea demasiado tarde. Abrir los ojos frente a esas-pequeñas-transgresiones con las que se va

extendiendo la ameba autoritaria, en vez de naturalizarlas por simpatía partidista, es necesario si se pretende detenerla.¹¹

Desde esta perspectiva, los electorados pueden tener buenas razones para estar resentidos con la clase política tradicional, pero el revanchismo popular está comprometiendo el futuro democrático. Con tal de terminar con el *statu quo* y necesitados de creer en *algo*, los ciudadanos desencantados se están alineando detrás de oportunistas que aseguran no-ser-lo-mismo, invocan cualidades heroicas y en el camino se arrojan poderes extraordinarios so pretexto de barrer con el antiguo régimen. Difícilmente esta impetuosa voluntad de poder, que clama emanar directamente del “pueblo”, cabe dentro de los procedimientos constitucionales establecidos. Los principios del constitucionalismo moderno —supremacía de la ley, división de poderes, pesos y contrapesos— que aseguran un ejercicio limitado y legalmente autorizado del poder, se desdeñan como una camisa de fuerza diseñada para contener al pueblo y su emisario: el poder ejecutivo.

Y aunque la fuerza de la mayoría se pretenda utilizar para esquivar la deliberación racional, el modelo populista de democracia —y sociedad— tiene serias debilidades. Por tentador que sea su mensaje igualitario, el populismo es una falsa salida. Sus encarnaciones prácticas y justificaciones intelectuales, con su burdo antagonismo tribal-schmittiano, sufren al menos de tres defectos inherentes:

- Primero, confunden al “pueblo” con los partidarios, negando *de facto* el pluralismo como un hecho político legítimo. El modo primario de enfrentar a la oposición no es por la vía argumental contra sus planteamientos, sino descalificándola por *ser* y “expulsándola” moral y discursivamente de la comunidad política legítima (el no-pueblo).
- Segundo, sepultan el diálogo democrático, pues el “pueblo” ha hablado y frente a su voluntad, hay poco que argumentar. Además, la estructuración binaria del espacio político (gran mayoría-pueblo versus pequeña minoría-élite) requiere una simplificación radical de la política en todas las materias; tal simplismo prescinde por principio de la deliberación entre sujetos políticos.

¹¹ La polarización partidista socava la capacidad de frenar subversiones democráticas. Como muestra empíricamente Svoboda, los “populistas autoritarios” se salen con la suya no porque las personas carezcan de principios democráticos, sino porque exacerbaban el dilema entre esos principios, por un lado, e ideales partidistas y el rechazo a la oposición, por el otro. Así, la polarización política les permite mantener el apoyo de sus seguidores mientras dan pasos autoritarios. Milan Svoboda, “Polarization versus Democracy”, *Journal of Democracy* 30, núm. 3 (2019): 20–32.

- Tercero, como lo desarrolla con agudeza Urbinati en este mismo volumen, renuncian en la práctica y, si se examina a fondo, también en la teoría, al interés general en favor del interés de facción (su facción).

Para decirlo en corto: lejos de estarse renovando, la democracia representativa parece estarse deslizando por el barranco del liderazgo personalista autoritario, con la maniquea distinción entre el “pueblo” y “la élite” como coartada. En términos crudos, la propuesta populista parece ser combatir la exclusión ¡con nuevas exclusiones!, efectuadas por vías semidictatoriales.

Este número de CONFIGURACIONES se adentra en estos dilemas y en el momento político que vive la democracia representativa en el mundo. Hemos reunido aquí un conjunto de ensayos, reseñas y artículos que, a contracorriente del ánimo prevaleciente, tratan de *entender*, antes que condenar o etiquetar. Los autores abordan casos distintos y adoptan una variedad de posturas, pero ofrecen todos análisis serios y originales para hacer sentido de la realidad política en un momento histórico convulso. Si bien los diferentes textos se hacen cargo de las similitudes en los procesos que atraviesan las democracias contemporáneas y delinean las grandes tendencias, también tratan de explicar la heterogeneidad de formas, movimientos y liderazgos políticos que surgen en esta época turbulenta. El manoseado término “populismo” aparece aquí no como un epíteto o muletilla para ahorrarse esfuerzo intelectual, sino como un fenómeno político con antecedentes y características específicas, que merece ser desentrañado en sus variantes por su extensión fáctica y tensa relación con la democracia constitucional-representativa. La discusión de fondo no es sólo intelectual, sino propiamente política.

En lo que resta de este primer ensayo, me limito a llamar la atención sobre algunas de las características que distinguen a la crisis o transformación presente de la democracia, con énfasis en la coyuntura política mexicana. En el México de López Obrador y su “Cuarta Transformación”, los debates internacionales sobre el populismo y la naturaleza de los nuevos liderazgos ejecutivos resuenan con fuerza. ¿Cómo podemos caracterizar el momento político mexicano? No pretendo ser exhaustivo, sino subrayar algunos rasgos prominentes de la fuerza en el poder y trazar conexiones entre la nueva realidad política de México, la teoría democrática y la experiencia internacional.

Los partidos políticos en jaque

La irrupción de líderes y movimientos con un virulento discurso antisistema en democracias viejas y nuevas, ricas y pobres, europeas o latinoamericanas, debe hacernos pensar sobre qué está ocurriendo con la institución central de la democracia representativa moderna: el partido político. Difícilmente han escaseado, en cualquier contexto, personajes valentones que apunten un dedo flamígero hacia las clases dirigentes, propongan cambios radicales o reciten teorías de la conspiración para hacer sentido de la complejidad a su alrededor. Su presencia no es reveladora; sino que de pronto, la gente parece dispuesta a escuchar.

El término “populismo” ha sido ya tan abusado que roza en lo improductivo, pero las definiciones serias coinciden en lo fundamental: se trata de un fenómeno político en el que un liderazgo o movimiento considera que la sociedad está en última instancia dividida entre dos campos antagonistas, el “pueblo” y la “élite” corrupta; sostiene que la política debe ser la expresión de la voluntad general del “pueblo”; y busca alcanzar o mantener el poder mediante vínculos verticales-plebiscitarios con el electorado contruidos con una retórica *antiestablishment*.¹² El éxito del populismo está por tanto lejos de ser fortuito. Por el contrario, su mensaje resuena lo suficiente sólo en contextos de alta exclusión política, en los que segmentos considerables de la sociedad se sienten políticamente alienados.¹³ Así, aunque los líderes populistas refuercen estratégicamente el descontento ciudadano, las explicaciones de su éxito centradas en su astucia personal omiten lo esencial: las circunstancias que lo incuban. Los populistas exitosos son surfistas hábiles, pero aprovechan una ola con fuerza de arrastre que, a veces, puede terminar por devorarlos a ellos mismos.

El sentido colectivo de alienación que hace resonar el mensaje antisistema en un contexto de competencia electoral abierta sólo puede significar una falla sistémica en la representación, es decir una crisis de los partidos políticos. Esto no quiere decir que los partidos hayan perdido relevancia o desaparecido del mapa; como presentía Mair, lo que parece haber ocurrido es un desplazamiento del centro de gravedad de los organismos partidistas desde la sociedad hacia el

¹² Recorro aquí, principalmente, a Robert R. Barr, “Populists, Outsiders and Anti-Establishment Politics”, *Party Politics* 15, núm. 1 (2009): 29–48; y a Cas Mudde y Cristóbal Rovira Kaltwasser, *Populism: A Very Short Introduction* (Nueva York: Oxford University Press, 2017).

¹³ Kenneth Roberts, “Parties and Populism in Latin America”, en *Latin American Populism in the Twenty-First Century*, eds. Carlos de la Torre y Cynthia Arnson (Baltimore, MD: Johns Hopkins University Press, 2013).

Estado, más que un declive de los partidos como tal.¹⁴ Así, su mutación de organizaciones sobre todo sociales en organizaciones sobre todo estatales (dependientes de las subvenciones, legalmente protegidas de la competencia, refugiadas en los puestos gubernamentales, etcétera) acarrea una erosión de sus lazos sociales de base, el debilitamiento de la militancia frente a los miembros *ex officio* del partido en cargos públicos y el cuasi abandono de funciones de organización de la vida social; pero una intensificación de su papel en la organización de las ramas de gobierno, la gestión de acuerdos entre las élites gobernantes y la justificación de las políticas públicas frente al público.

Más que una crisis total de los partidos, hablamos entonces de un cambio en su naturaleza que suspende el ejercicio del principio elemental de la democracia: la soberanía popular. Desde la instauración del sufragio universal, los partidos dieron sentido, significado y contenido sustantivo a la política. Mediante la función representativa, llevaron las experiencias sociales de la gente común al ámbito político y dotaron a los ciudadanos un sentido de pertenencia a una causa más allá de lo estrictamente personal. Los partidos hicieron operable el principio teórico de la soberanía popular porque, a través de ellos, las personas podían tener una voz en las decisiones políticas. El sentido de eficacia política del ciudadano común, sin más recursos para ejercer influencia que su condición de ciudadanía misma, dependía de la intermediación proporcionada por las organizaciones partidistas. De modo que “el retiro” de éstas hacia el Estado significa un “vaciamiento” de la democracia misma —un hueco que clama ser llenado e induce la invocación populista del “pueblo”. El título del libro póstumo de Mair —quizá el mejor estudioso del partido político como institución y las implicaciones de sus transformaciones para la democracia moderna— capturó bien el estado de las cosas que antecede a la irrupción populista: gobernando el vacío.¹⁵

¿Qué hay detrás? Es obvio que los partidos sufren para adaptarse a un contexto político-económico, tecnológico y social inédito. En el plano programático, la profunda integración económica más allá del Estado-nación, las presiones internacionales y el colapso de alternativas ideológicas al pensamiento económico ortodoxo —con la concomitante reducción de la política pública a una arena de expertos— han impuesto fuertes límites a la toma de decisiones. El menú de instrumentos y alternativas de política, incluso de modelos de sociedad posible, se ha recortado

¹⁴ Peter Mair, *Party System Change: Approaches and Interpretations* (Nueva York: Oxford University Press, 1997).

¹⁵ Peter Mair, *Gobernando el vacío: la banalización de la democracia occidental*, trad. María Hernández Díaz (Madrid: Alianza Editorial, 2015).

en forma drástica. La democrática posibilidad de elegir puede rozar lo ilusorio. Para los teóricos de la democracia populista, esta situación “post-política”¹⁶ o “post-democrática”¹⁷, consistente en el estrechamiento del espacio de conflicto, es precisamente la semilla de la movilización populista. Ésta, al reintroducir el disenso y repolitizar decisiones dejadas fuera del alcance del “pueblo” y el proceso democrático, quiebra la ilusión liberal de un consenso alcanzado a través de la razón y la técnica.¹⁸

Así, los electorados pueden tener demandas que los partidos simplemente no pueden escuchar. Las etiquetas partidistas en competencia pueden ser múltiples, pero las políticas que implementan —y los resultados— fundamentalmente los mismos. Este tipo de convergencia ideológico-programática o “democracia sin opciones”, común en América Latina en los noventa, ha destruido varios sistemas partidistas.¹⁹ Y los colapsos de los sistemas de partidos, además de que pueden producir una arena electoral crónicamente desestructurada en vez de dar pie a un nuevo mapa partidista, generan por lo menos turbulencias democráticas, cuando no ciclos de autocratización.

Al mismo tiempo, los partidos atestiguan la revolución en las comunicaciones asociada al internet y para hacerle frente, mutan en asociaciones sobre todo publicitarias, que lanzan frases pegajosas y tratan de hacerse oír en un espacio cada vez más saturado. Es difícil exagerar las implicaciones del cambio tecnológico para la vida de los partidos. Entre otras consecuencias, ha reducido las capacidades de controlar los flujos y el contenido de la información desde las organizaciones; intensificado la importancia de la imagen; difuminado las fronteras entre el hecho y el rumor; multiplicado los puntos de entrada para formular exigencias; creado una competencia feroz por la volátil y efímera atención de la audiencia; debilitado la importancia de la organización

¹⁶ Chantal Mouffe, *Agonística: pensar el mundo políticamente*, trad. Soledad Laclau (Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2014).

¹⁷ Jacques Rancière, *El desacuerdo. Política y filosofía*, trad. Horacio Pons (Buenos Aires: Nueva Visión, 2012).

¹⁸ Los teóricos del populismo retoman aquí la crítica general de Schmitt y otros al liberalismo, por su pretensión de exorcizar el disenso confinándolo dentro de márgenes preestablecidos. Carl Schmitt, *The Concept of the Political* (Chicago: University of Chicago Press, 2007). Una versión aguda de esta crítica se encuentra también en Sheldon S. Wolin, “The Liberal/Democratic Divide. On Rawl’s Political Liberalism”, *Political Theory* 24, núm. 1 (1996): 97–119.

¹⁹ Kenneth Roberts, *Changing Course in Latin America: Party Systems in the Neoliberal Era* (Nueva York: Cambridge University Press, 2014). Para una síntesis del argumento en español, véase Kenneth Roberts, “Reforma De Mercado, (des)alineamiento Programático y Estabilidad Del Sistema De Partidos En América Latina”, *América Latina Hoy* 64 (2013): 163–91. Para los paralelismos entre las secuelas partidistas de la crisis de la deuda en América Latina y la crisis de 2008-2009 en Europa, véase Kenneth Roberts, “State of the Field: Party Politics in Hard Times: Comparative Perspectives on the European and Latin American Economic Crises”, *European Journal of Political Research* 56, núm. 2 (2017): 218–33.

de base; reformulado las formas y estrategias de campaña; fomentado el intercambio personal (más que institucional), pero a la vez virtual; y acelerado los ritmos de la política y las relaciones de representación. La lista podría continuar, pero es claro que escuchar, atender y agregar demandas significa ahora algo distinto a lo que era hace apenas un par de décadas, previo a la masificación del internet.

A ello se suma que el terreno social sobre el que operan los partidos es menos firme, estructurado, navegable. Las posiciones de clase son más ambiguas y sus expresiones organizativas menos comunes en mercados laborales con mayor rotación, informalidad, autoempleo y trabajo *freelance*. El bombardeo mediático, la globalización cultural y la masificación del transporte de larga distancia expone a los individuos a múltiples estímulos simultáneos, que conviven con la experiencia propiamente “local” para producir identidades personales cambiantes, en flujo, altamente dependientes del contexto espacial y temporal específico. La traducción política de una identidad social concreta es así cada vez menos automática.

En consecuencia, las posibilidades de forjar alianzas duraderas con grandes asociaciones de intereses (sindicatos, corporaciones, iglesias, etcétera) que ordenaban el espacio social y “congelaban” políticamente una identidad social dada, hoy escasean. Comandar el apoyo electoral estable de bloques sociales bien definidos o reproducir identidades partidistas de generación en generación es un desafío mayúsculo en sociedades más fragmentadas, móviles e individualizadas. Responder a las demandas populares es más difícil, en parte porque el margen de acción se ha estrechado, pero también porque “aun si los partidos quisieran escuchar a los votantes”, cada vez más lo que hay es “una cacofonía de voces diferentes. Esto ha hecho más difícil sintetizar las varias demandas, ya no digamos agregarlas en programas electorales y de gobierno coherentes —en sí misma la función representativa clásica desempeñada por los partidos en las democracias.”²⁰

En suma, la confluencia de factores ideológicos, tecnológicos y sociales ha hecho que los partidos “ya no sean lo que fueron alguna vez”.²¹ La largamente anunciada crisis de la función representativa del partido político parece haber alcanzado en varias democracias un momento decisivo, con los partidos compitiendo palmo a palmo por cada voto, sin lealtades aseguradas y

²⁰ Peter Mair, “Smaghi versus the Parties: Representative Government and Institutional Constraints”, en *Politics in the Age of Austerity*, eds. Wolfgang Streeck y Armin Schäfer (Cambridge: Polity, 2013), 155.

²¹ Philippe Schmitter, “Parties Are Not What They Once Were”, en *Political Parties and Democracy*, eds. Larry Diamond y Richard Gunther (Baltimore, MD: Johns Hopkins University Press, 2001).

desplegando grandes esfuerzos sobre todo publicitarios, pero castigados uno tras otro al llegar al gobierno, fallando en forma crónica en satisfacer expectativas y en conjunto, fracasando en hacer sentir a la gente escuchada. Así, parecemos finalmente haber alcanzado la era en la que se desatan las secuelas del fracaso del partido político como institución representativa, una criatura que nació con la democracia moderna misma para dar traducción política a las grandes divisiones sociales y movilizar a los electorados de masas.

Desacreditadas o colapsadas las alternativas partidistas tradicionales, podría pensarse que tras la turbulencia las piezas se reacomodan, produciendo un nuevo orden. Pero los sistemas estables también pueden derivar en estados de alta entropía. Algunos electorados se han enfrascado en ciclos de “voto de protesta” e inconformidad permanente en una arena electoral volátil, siempre en flujo, sin competidores estables ni contenidos sustantivos.²² Lejos de solucionar la crisis de representatividad y dejar a los votantes satisfechos, sin embargo, este tipo de “democracia sin partidos”²³ trae sus propias patologías, entre otras un personalismo rampante; la pérdida de significado ideológico-programático de la contienda electoral, con la consecuente banalización; problemas para organizar la oposición a medidas de gobierno; declives en el funcionamiento institucional por la falta de profesionalización de cuadros políticos; altísimos niveles de incertidumbre y dificultad para el votante promedio, ante la falta de referentes estables, para orientarse en el juego político; la incapacidad de controlar la dirección de las políticas del Estado; y, en última instancia, un alto riesgo de captura del sistema político por actores autoritarios, que aprovechan la falta de partidos capaces de organizar la oposición para minar los procedimientos democráticos.²⁴

¿Qué hay del sistema de partidos mexicano? Hasta hace poco, el país aparecía en lo más alto de las listas de institucionalización del sistema de partidos.²⁵ Con tres partidos bien implantados, la competencia electoral transcurría con patrones estables, caras conocidas y flujos

²² Grigore Pop-Eleches, “Throwing Out the Bums: Protest Voting and Unorthodox Parties after Communism”, *World Politics* 62, núm. 2 (2010): 221–60.

²³ Los “partidos” en el sentido más básico —vehículos para contender por puestos de elección popular— siguen existiendo, aunque rehúyan la etiqueta en sí (“alianza”, “frente”, “movimiento”, etcétera). Con “democracia sin partidos” me refiero a la situación en la que las etiquetas partidistas concretas se vuelven efímeras y/o pierden valor simbólico.

²⁴ Steven Levitsky y Maxwell A. Cameron, “Democracy Without Parties?: Political Parties and Regime Change in Fujimori’s Peru”, *Latin American Politics and Society* 45, núm. 3 (2003): 1–33.

²⁵ Kenneth F. Greene y Mariano Sánchez Talanquer, “Authoritarian Legacies and Party System Stability in Mexico”, en *Party Systems in Latin America: Institutionalization, Decay, and Collapse*, ed. Scott Mainwaring (Nueva York: Cambridge University Press, 2018), 201–26.

moderados de votos entre contendientes de elección a elección. La estructura del espacio político estaba bien definida: el PRI como hijo del autoritarismo, con la estampa de la corrupción y compartiendo con el PAN la agenda económica de centro-derecha, pero un cierto aura de “saber gobernar”; el PAN con las credenciales de una fuerza democrática, de gente honesta, devota y de buenas costumbres; y el PRD como el desordenado partido de corrientes y clientelas, que sin embargo cuestionaba el rumbo económico, abanderaba la agenda social y aglutinaba a los viejos defensores del nacionalismo revolucionario con el grueso del progresismo capitalino.

Hoy los términos de referencia han cambiado. Un nuevo partido —un amasijo emanado del PRD en el que aletea también la derecha evangélica y todo el que lo haya deseado— ordena la vida política, con control de mayorías absolutas en las Cámaras. Pero decir partido es decir demasiado: lo que hay es un liderazgo personalista que ha llenado el espacio político, alrededor del cual se construye quizá un partido no para llegar al poder sino *desde* el poder, para mantenerlo. Las expectativas de oposición se depositan sobre todo en personalidades, más que instituciones partidistas. El histórico PRI, metido en unas cuantas madrigueras regionales, parece desfondado: su marca se asocia ya solo con las peores patologías. El centroderecha sigue apaleado —el PAN no reencuentra su voz e identidad perdida, mientras algunos de sus ex liderazgos más derechistas, ya fuera del partido, tratan de llamar la atención. Pero en una de las ironías de la política contemporánea, Morena les ha arrebatado sus principales banderas: conservadurismo social, adelgazamiento del Estado y gusto por lo militar.

El futuro es siempre incierto, pero podemos decir que es hoy más incierto que antes. El populismo exitoso es en todos lados una fuerza transformadora de la representación democrática, pero el sentido de los cambios que produce no está preestablecido (a veces destruye la democracia misma). Con todo, anunciar la muerte del sistema de partidos todo puede ser prematuro. El lopezobradorismo es una fuerza, pero ya lo era antes. Y a diferencia de otros liderazgos populistas que han asaltado los sistemas partidistas desde fuera, aquí la rama populista ha brotado del tronco mismo de los partidos tradicionales.²⁶ Morena además abrió un ancho paraguas: con los nubarrones en el horizonte, allí se refugió más de uno del vilipendiado *establishment*.

²⁶ En Estados Unidos un *outsider* como Trump asaltó el Partido Republicano y lo arrastró al populismo xenófobo de derecha que, como muestra Roberts en este número, es típico del capitalismo avanzado. Pero en contraste con casos europeos, en Estados Unidos la irrupción populista permaneció dentro de los confines del sistema bipartidista tradicional. Véase, por ejemplo, Perry Anderson, “Passing the Baton”, *New Left Review*, núm. 103 (2017): 41–64.

Acaso el mayor reto es la (re)construcción de alternativas creíbles. Sin embargo, además de su posición constitucional privilegiada (con acceso a medios y recursos), varios partidos (PAN, PRI, MC) mantienen cargos importantes a nivel estatal y local. No es del todo descartable que desde ahí recuperen fuerzas para capitalizar el descontento con la Cuarta Transformación, que de desinflarse más de la cuenta a golpes de austeridad —más el estancamiento económico y la violencia persistentes— bien puede ensombrecer más el escenario. El resultado de una nueva ronda de decepción generalizada es de pronóstico reservado.

Variedades de populismo: organización social y bonapartismo del siglo XXI

En su artículo en este número, Roberts identifica diferencias estructurales en las economías capitalistas que predisponen a las democracias hacia populismos más inclusivos-de izquierda o excluyentes-de derecha cuando la representación falla. Este tipo de ejercicio permite una comprensión más fina de los procesos políticos en curso de la que se desprende del uso genérico del término para etiquetar a movimientos *antiestablishment* así como de su posible dirección. Aquí me interesa resaltar otra dimensión de variación entre distintos brotes populistas, con consecuencias relevantes para la operación de la democracia: su densidad organizativa.²⁷

Si bien el populismo está ligado a liderazgos carismáticos fuertes, algunos fenómenos populistas se asocian a movilizaciones sociales extensas, estructuras partidistas desarrolladas y vinculación estrecha con asociaciones cívicas que facilitan la coordinación y canalizan una intensa participación ciudadana. La organización permite un dominio político duradero, pero también significa una limitante a la voluntad unipersonal. En otros, en cambio, la sociedad permanece casi desmovilizada, sin formas de sociabilidad desarrolladas o espacios participativos autónomos. La diferencia es importante porque los movimientos populistas sin base organizativa desarrollada en la sociedad están asociados a procesos más agudos de subordinación, social e institucional, a la

²⁷ Kenneth Roberts, "Populism, Political Conflict, and Grass-Roots Organization in Latin America", *Comparative Politics* 38, núm. 2 (2006): 127–48.

voluntad personal de un líder —en el modelo del “despotismo democrático”²⁸ o el “gobernante plebiscitario, el gran demagogo” que ejerce una “dominación carismática”.²⁹

En la medida en la que en estos casos se genera organización entre los sectores populares, ésta se inserta bajo rígidas estructuras verticales de poder con el líder en la cúspide, manteniendo bajos niveles de autonomía. Más que un despertar cívico de sectores sociales que, con base en agravios y experiencias compartidas, desarrollan vínculos de solidaridad y construyen un movimiento (que a su vez respalda a un líder responsable frente a la movilización colectiva), un político voluntarista capitaliza el descontento de individuos desarticulados. Así, no es (parte de) “el pueblo” la que construye un movimiento con liderazgos, sino un hombre fuerte el que de forma estratégica y aprovechando márgenes amplios de discrecionalidad construye un cierto “pueblo” para acumular poder.

El resultado es una falta de consistencia programática mínima y posibles bandazos de política pública, conforme al juicio personal del líder. Éste, cabeza y cemento de una coalición contradictoria, encumbra o traiciona ciertas causas y promesas a conveniencia, libre de una rendición de cuentas al interior de su propio movimiento a falta de sectores sociales bien organizados. El pragmatismo político excesivo y la subordinación de antiguas promesas programáticas a razones puras de poder no son casuales, sino posibilidades inherentes al populismo de corte más personalista. Por supuesto, las inconsistencias no se reconocen como tal. En formas disparatadas, se reinterpretan las palabras, se abusan los conceptos, se controvierte la realidad misma. “Yo tengo otros datos”; *fake news*.

La maleabilidad del “pueblo” —y, por ende, de las posturas políticas que pueden adoptarse en su nombre— está en el corazón mismo de la teoría populista. La influyente teorización de Laclau y Mouffe pone énfasis en la construcción discursiva de “el pueblo” mediante la articulación de un popurrí de demandas insatisfechas y fragmentadas. El líder populista puede hacerse del poder utilizando la retórica antisistema para erigirse en punto focal de esas demandas disímbolas, incluso inconsistentes entre sí, que comparten sólo la alienación respecto de las instituciones establecidas. El líder emerge como un “significante vacío”, un ser polivalente en el que muy distintos sectores

²⁸ El término lo acuñó Tocqueville para describir una situación democrática carente de espacios participativos y formas de sociabilidad que despertaran y canalizaran la energía política de la gente común. El orden de los términos es importante: lo democrático califica a un régimen de naturaleza despótica, no viceversa.

²⁹ Max Weber, “Politics as a Vocation”, en *From Max Weber: Essays in Sociology* (Londres: Routledge, 1991), 77–83.

insatisfechos pueden proyectar sus propios deseos y reclamos. La manera de comprender el éxito de los liderazgos populistas no es concentrándose en el plano programático-ideológico, sino en su capacidad para absorber demandas provenientes de todas las direcciones. En parte con un discurso contestatario multifuncional, en parte producto de las circunstancias, logra dar voz política de forma simultánea a expectativas sociales inconexas y hasta contradictorias, pero incumplidas. Dicho en términos llanos: el populista consigue que cada quién, desde su lugar, vea en su figura lo que quiere ver.³⁰

La formación de esta “cadena de equivalencia” entre demandas permite redibujar el espacio político en dos (el pueblo abandonado contra la élite sorda) —la “frontera interna”— para romper los alineamientos políticos existentes con una nueva gran coalición ganadora. Lo que unifica es el “significante *vacío*”,³¹ quien construye un sujeto homogéneo y contingente mediante el discurso. Pero las formas posibles de definir al “pueblo” y sus fronteras son múltiples. Como dice Mouffe, el pueblo “siempre resulta de una construcción discursiva, y el ‘nosotros’ alrededor del que cristaliza puede ser construido de diferentes maneras.” Por implicación, en un escenario social desarticulado, hay también flexibilidad y contingencia respecto de las demandas “populares” que se recogen, escuchan, priorizan —y las que se subordinan, ignoran y abandonan.

Antes que un programa con causas concretas, la teoría populista de la democracia ofrece ante todo una guía práctica para hacerse del poder político donde abundan demandas desatendidas, disponible para izquierdistas o derechistas, liberales o conservadores, progresistas o xenófobos. No hay en la movilización populista nada que la vincule de manera intrínseca con los ideales de la izquierda o un programa progresista de libertad, igualdad y emancipación humana. Como teoría y práctica, el populismo ofrece el antagonismo entre algún “pueblo” con su respectivo antipueblo, un molde *vacío* (rellenable con este proyecto o aquél) —y nada más.

Desde la propia izquierda, la crítica de Perry Anderson al populismo laclauniano y al giro lingüístico posmarxista en la izquierda del que forma parte dispara al corazón: “El resultado ha sido desvincular ideas y demandas de amarres socioeconómicos de manera tan completa que éstas pueden ser apropiadas por cualquier agente para cualquier construcción política. Inherentemente,

³⁰ Nótese desde ahora el paralelismo con los comentarios de Marx sobre Luis Bonaparte: “Y así vino a resultar, como dijo la *Neue Rheinische Zeitung*, que el hombre más simple de Francia adquirió la significación más compleja. Precisamente porque no era nada, podía significarlo todo”. Karl Marx, “Las Luchas de Clases En Francia de 1848 a 1850”, en *Obras Escogidas* (Moscu: Editorial Progreso, 1981), 159.

³¹ Ernesto Laclau, *La Razón Populista* (México: Fondo de Cultura Económica, 2006). Las cursivas son mías.

el rango de articulaciones no conoce límites. Todo es contingencia... La propuesta se derrota a sí misma. No solo cualquier cosa puede articularse en cualquier dirección: todo se convierte en articulación.”³² Se comete el error opuesto al del materialismo crudo, con sus clases estructuralmente preconstituidas: aquí los intereses son maleables a placer y “el pueblo” puede invocarse por igual para proyectos políticos encontrados. ¿Cuál es el modelo de sociedad del populismo democrático? Todos y ninguno en concreto.

Así, en los populismos más personalistas, el líder puede deslizarse en el espacio ideológico, mezclar el agua con el aceite y hacer alianzas con tirios y troyanos, para después, en nombre del “pueblo”, privilegiar las medidas que resulten más convenientes según la voluntad personal, consideraciones hiperpragmáticas o factores de poder irresistibles —la nueva posición de los militares en el sistema político y la sociedad en México, por ejemplo. En efecto, el vuelco de López Obrador respecto de la seguridad pública —de “abrazos, no balazos” y “el retiro del Ejército a los cuarteles” hacia la institucionalización de la presencia militar en las calles, apenas velada bajo la etiqueta de “Guardia Nacional”— es una buena muestra.

Este tipo de reversas programáticas y acomodos camaleónicos son típicas del populismo a bajos niveles de organización social, con su personalismo exacerbado y la concomitante teatralización del ejercicio del poder. En estas coyunturas, algunos seguidores pueden romper con el movimiento, viendo sus preferencias de política o convicciones democráticas traicionadas. Sin embargo, aquellos atados por un vínculo de naturaleza sobre todo carismática o atrapados en la polarización contra oponentes partidarios que les disgustan intensamente pueden tratar de racionalizar la inconsistencia.³³ El punto es que el descontento popular o las crisis representativas pueden estar vinculadas a patrones de organización social muy distintos, que a su vez engendran populismos con grados distintos de centralización y personalización del poder.

El liderazgo directo sobre la masa desorganizada de seguidores es, en el mundo de la revolución digital y la sociedad “líquida”, el modo de populismo predominante. A diferencia de los populismos latinoamericanos clásicos de los treinta y cuarenta (de Cárdenas, Vargas, Haya de la Torre o Perón), con su corporativismo y densa organización partidista, la mayoría de los populismos contemporáneos se fundan casi en exclusiva en la vinculación directa entre el liderazgo carismático y el “pueblo” atomizado. La incorporación política de aquellos alienados en el

³² Perry Anderson, *The H-Word: The Peripeteia of Hegemony* (Londres: Verso, 2017), 96.

³³ Svobik, “Polarization versus Democracy”.

“antiguo régimen” no pasa ahora por la formación de lazos estrechos con organizaciones de masas, grupos estructurados de activistas ni movimientos sociales con arraigo. Tampoco exige la constitución de un partido con fuerte presencia local, actividad extraelectoral y funciones de integración social.

En este vacío organizacional-participativo, el simbolismo que rodea a la persona del gobernante satura la política. Dado que en contextos de crisis representativa, como los que engendran el populismo, el apego a formas y procedimientos institucionales ordinarios pierde valor como fuente de legitimidad,³⁴ la dominación legítima (la creencia básica de que quien manda tiene derecho a ser obedecido) depende en forma creciente de la representación del gobernante como líder ejemplar, de su insistente glorificación moral. Por naturaleza y necesidad, el liderazgo populista recurre constantemente a actos de alta carga simbólica. Estas representaciones son a menudo poco trascendentes en sentido práctico, desde el punto de vista de la política pública; pero no es ésa su intención. Buscan, por el contrario, reproducir entre el público la exaltada imagen personal del gobernante.³⁵ En ausencia de un movimiento *colectivo* organizado, de ella depende la continuidad del proyecto político y la autoridad misma del gobierno.³⁶ Se refuerza así el componente de la política como espectáculo. El populista es un buen actor y no tiene otra opción más que serlo. La representación democrática degenera en una escenificación dramática frente a una audiencia pasiva.

Diferencias en el grado de organización popular de base pueden distinguirse incluso entre los movimientos que recurren a la retórica populista en la era reciente. Mientras que Hugo Chávez en Venezuela alcanzó el poder a fuerza de su liderazgo hiperpersonalista en un entorno social semianómico, el robusto y bien estructurado movimiento cocalero indígena fue la plataforma que impulsó a Evo Morales a la presidencia de Bolivia. Las redes universitarias detrás de Podemos en

³⁴ En este sentido, el ascenso del populismo se asocia por definición con un proceso subyacente de desinstitucionalización, que se manifiesta ante todo en el desplazamiento de las alternativas electorales tradicionales pero también en la erosión de normas formales e informales de comportamiento en el sistema político.

³⁵ La reivindicación del líder carismático en la teoría populista tiene parientes poco democráticos. Hace eco, por ejemplo, del famoso lamento monarquista de Burke, según el cual tras la Revolución Francesa “un rey no es más que un hombre”. “Amor, veneración, admiración, apego... Estos afectos públicos, combinado con los modales, se requieren a veces como complementos, a veces como correctivos, siempre como auxilios de la ley”. Edmund Burke, *Reflections on the Revolution in France* (Indianapolis, IN: Hackett, 1987), 68.

³⁶ Para una exposición lúcida —de la mano de Gramsci— de las razones por las que el personalismo exacerbado del populismo, al menos en sus variantes menos organizadas, es contrario a principios democráticos básicos y un programa progresista genuino como el de la socialdemocracia de la posguerra, véase el texto de Nadia Urbinati en este mismo número, así como su *Democracy Disfigured: Opinion, Truth, and the People* (Cambridge, MA: Harvard University Press, 2014).

España o los varios grupúsculos socialistas detrás del Bloco de Esquerda portugués dan también un toque menos personalista a estas fuerzas. Pero difícilmente es el caso de México.

Aquí, como en otras partes, la regla no es el vínculo mediado ni las solidaridades colectivas, sino la adhesión de individuos fragmentados a un liderazgo carismático en el que se depositan esperanzas de rompimiento con lo establecido. Éste funda su poder no en la participación ciudadana autónoma ni en una extensa organización popular de base, sino en su propia fuerza de voluntad —que no es realmente la suya, sino la del “pueblo” que se ha apropiado de su cuerpo para poder actuar. La proclama de López Obrador en la plaza pública el día mismo de su ascenso al gobierno lo encapsula: “¡Yo ya no me pertenezco, yo soy de ustedes, soy del pueblo de México!”.

La configuración social sobre la que se ha alzado el lopezobradorismo es uno de los rasgos cruciales para comprender el momento histórico mexicano, uno que modela a la fuerza política en el poder. Las organizaciones corporativas de masas son cosa del pasado. La membresía sindical apenas roza la décima parte de la población económicamente activa y los sindicatos están desacreditados. La democratización abrió espacios para nuevas organizaciones de la sociedad civil, algunas con influencia notable en la agenda política nacional, pero por lo general de bajísima membresía social. Lo que Tocqueville describió como “el arte de perseguir el objeto de sus deseos comunes en concierto”, “la práctica de asociarse en su vida diaria” sin la cual “la civilización misma estaría en peligro”, está lejos de retratar la rutina de la enorme mayoría.³⁷

En 2005, 67% de los mexicanos respondieron “nunca” haber “contactado a algún grupo no gubernamental como asociaciones, sindicatos, grupos religiosos, etcétera para solucionar problemas que lo afectan en el barrio”. Ocho años después, en 2013, el porcentaje ascendía a un abrumador 87% (el último dato disponible).³⁸ Lejos de haber desarrollado el hábito de agruparse, los ciudadanos parecen volcados sobre sus problemas y carencias individuales.³⁹ En el lenguaje de los noventa, el “capital social” es casi inexistente, sobre todo entre los más marginados. A tasas secularmente bajas de asociación se suma el efecto corrosivo de la violencia y el crimen, el hobbesiano “miedo a la muerte y las heridas” que, en ausencia de un Estado capaz de garantizar la

³⁷ Alexis de Tocqueville, *Democracy in America* (Londres: Penguin, 2003), 596–97.

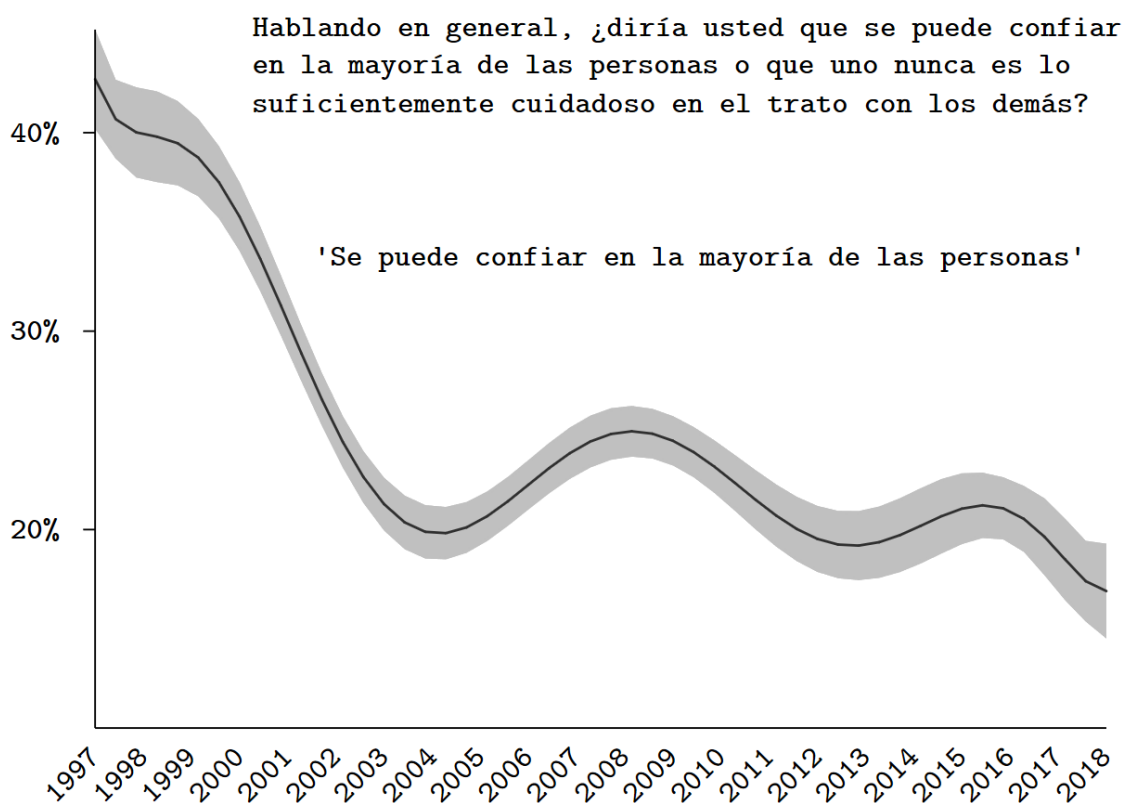
³⁸ Latinobarómetro [en línea]. Disponible en: <http://www.latinobarometro.org/latOnline.jsp> [Consultado el 27 de mayo 27 de 2019].

³⁹ “El individualismo... predispone a cada ciudadano a separarse a sí mismo de sus semejantes y encerrarse en el círculo de su familia y amigos de tal manera que sea crea así un pequeño grupo para él mismo y con gusto abandona a la sociedad en su conjunto a sus propios medios.” Tocqueville, *Democracy in America*, 587.

seguridad, vuelve a las personas siempre desconfiadas unas de otras —disolviendo la sociedad propiamente.

La gráfica 1 muestra el agudo deterioro en la confianza interpersonal que ha acompañado a la democracia en México, desde el año de las primeras elecciones federales libres y equilibradas hasta hoy. No sólo las instituciones políticas inspiran una desconfianza profunda; ésta impregna las relaciones sociales todas. En 2017, en la antesala de la elección que trajo a Morena al poder, sólo 14% de las personas consideraba que los demás (siquiera una mayoría) eran confiables. La “sociedad civil” es delgadísima porque la sociedad misma, asaltada por múltiples inseguridades, es apenas un conglomerado de individuos que se miran unos a otros con recelo, incapaces de entrar en contacto entre sí por miedo y falta de recursos, materiales y hasta emocionales, para integrarse.

Gráfica 1. Confianza interpersonal en México, 1997-2018



Fuente: Cálculos propios con datos de Latinobarómetro, 1997-2018. Encuestas de representatividad nacional. En 1999, 2012 y 2014 no se realizaron entrevistas. La figura muestra un polinomio local ajustado sobre 24,260 entrevistas, con intervalos de confianza de 95%.

Sobre esta sociedad privatizada, con escasas redes de apoyo y protección que se extiendan más allá de la familia, se monta un fenómeno político que abreva del descontento intenso pero desorganizado de individuos fragmentados. Como bien apunta Riley, incluso en Estados Unidos, donde la retórica antisistema, xenófoba y nacionalista de Trump ha producido recurrentes equiparaciones con el fascismo, la falta de extensas organizaciones de base integradas en un partido de masas hace del trumpismo un fenómeno fundamentalmente distinto al fascismo.⁴⁰

Sin semejante estructura de movilización y participación social, términos como cesarismo o bonapartismo capturan mejor la esencia de las formas actuales del poder. Si esto ocurre en la cuna del asociacionismo toquevilleano, el caso mexicano sólo puede ser más agudo. Los comentarios de Marx respecto de la erección de un poder político hipercentralizado —acompañado de un ejército— sobre una “masa inmensa” de individuos (campesinos) aislados que “sin muchas relaciones entre ellos”, forman la nación como “las patatas de un saco forman un saco de patatas”, resuenan con fuerza:

La identidad de sus intereses no engendra entre ellos ninguna comunidad, ninguna unión nacional y ninguna organización política... Son, por tanto, incapaces de hacer valer su interés de clase en su propio nombre... No pueden representarse, sino que tienen que ser representados. Su representante tiene que aparecer al mismo tiempo como su señor, como una autoridad por encima de ellos, como un poder ilimitado de gobierno que los proteja de las demás clases y les envíe desde lo alto la lluvia y el sol. Por consiguiente, la influencia política de los campesinos parcelarios encuentra su última expresión en el hecho de que el poder ejecutivo someta bajo su mando a la sociedad.⁴¹

Ya en el poder, el lopezobradorismo refuerza la atomización desde la cual se impulsó hacia la silla presidencial. ¿Cuál es la política del primer gobierno emanado de la izquierda partidista hacia las asociaciones de la sociedad civil? “Un memorándum, una circular para que no se transfieran recursos del Presupuesto a organizaciones sociales, a sindicatos, a organizaciones de la llamada sociedad civil, ONG, a asociaciones filantrópicas.”⁴² Y para el alud retórico que desde lo alto, desde la persona del gobernante, se precipita a diario sobre el ciudadano, lo importante no son los (“mal portados”) medios de comunicación, sino la transmisión directa por “las benditas redes sociales”.

⁴⁰ Dylan Riley, “What Is Trump?”, *New Left Review*, núm. 114 (2018): 5–31.

⁴¹ Karl Marx, *El 18 Brumario de Luis Bonaparte*, trad. O.P. Safont (Barcelona: Ariel, 1977), 144–45.

⁴² Neldy San Martín, “AMLO notifica a su gabinete: ‘no transfieran ningún recurso a ONG o sindicatos’”, *Proceso* (18 de febrero de 2019), disponible en: <https://www.proceso.com.mx/572198/amlo-notifica-a-su-gabinete-no-transfieran-ningun-recurso-a-ong-o-sindicatos>.

Cualquier lector medianamente atento de textos clásicos del pensamiento político no podrá dejar de notar el término lopezobradorista para designar a los grandes villanos de una historia de corrupción y decadencia, ésos que la Cuarta Transformación habrá de erradicar a fuerza de centralización burocrática, una amenazante red de prefectos regionales (superdelegados) e ímpetu presidencial: “los intermediarios”. El cambio esencial de la nueva política social —el núcleo mismo del proyecto político— consiste, ante todo, en eludir cualquiera cosa que se interponga entre el individuo común y el gobernante en la cúspide, quien, como a los campesinos parcelarios atomizados, “envía desde lo alto la lluvia y el sol”: “No es de que: ‘Yo soy de la Organización Campesina Emiliano Zapata’, o ‘soy de la Organización Hermanos Serdán’, o ‘soy de la Antorcha Mundial, dame a mí el dinero y yo lo voy a entregar a la gente’. No primo hermano, ya eso ya se acabó. Todo va a ser *personalizado*, por eso se está haciendo el Censo del Bienestar, va a llegar a cada quién una tarjeta para ir a un banco y sacar su dinero directo, *sin intermediarios*.”⁴³ El poder presidencial se despliega intacto sobre los individuos en la soledad del cajero automático.

En guerra contra los intermediarios entre el poder central y el ciudadano, el lopezobradorismo invoca (¿sin saberlo?) al ilustre teórico de la moderación, las formas de gobierno y la separación de poderes, el barón de Montesquieu, quien eligió esta palabra para designar al régimen sin intermediarios: despotismo. ¿El “principio” de funcionamiento de esta forma de gobierno? “Que uno solo gobierne según su voluntad y capricho”.⁴⁴ Los odiados poderes intermedios de las monarquías (la nobleza, los señores, las corporaciones, etcétera) servían como amortiguadores del poder del rey sobre el individuo común, corregían los excesos, moderaban los caprichos, inducían el acuerdo. El resultado era la preservación de la libertad.

Inspirado en ello, Tocqueville vio en la agrupación de los individuos en asociaciones dentro de regímenes democráticos el equivalente funcional de los cuerpos intermedios de las monarquías moderadas.⁴⁵ Erosionada esa capa, sobre el individuo cae con toda su fuerza la voluntad del gobernante. La arbitrariedad sin freno es una posibilidad latente. Y en espíritu republicano, la

⁴³ Presidencia de la República, “Mensaje del Presidente Andrés Manuel López Obrador durante la entrega de Programas Bienestar en Puebla, Puebla” (10 de marzo de 2019), disponible en: <http://www.gob.mx/presidencia/articulos/mensaje-del-presidente-andres-manuel-lopez-obrador-durante-la-entrega-de-programas-bienestar-en-puebla-puebla?idiom=es>. Las cursivas son mías.

⁴⁴ Montesquieu, *El espíritu de las leyes*, libro III, cap. II, trad. Ciro García del Mazo (Madrid: V. Suárez, 1906), 37.

⁴⁵ “En las aristocracias, los cuerpos intermedios forman asociaciones naturales que frenan los abusos del poder. En los países en que semejantes asociaciones no existen y los particulares no pueden crear artificial o temporalmente algo que se les parezca, no hay ya, hasta donde puedo ver, ningún dique contra cualquier clase de tiranía y una gran nación puede ser oprimida con impunidad por un puñado de facciosos o incluso un solo hombre.” Tocqueville, *Democracy in America*, 224.

dependencia de la voluntad de otro es la definición misma de la sujeción— aunque su amo sea gracioso y benévolo, el esclavo carece de libertad. En una sociedad individualizada y fragmentada, la democracia se enferma de despotismo.⁴⁶

Cerremos entonces diciendo que el populismo de corte personalista es reflejo político de un orden social. Una sociedad cruzada por múltiples inseguridades, desarticulada, asustada y descontenta tras dos décadas de democracia busca rumbo en un entorno descompuesto. Las ansiedades de la época son además propicias para un discurso cargado de moral, de matriz religiosa, que subraya los pecados del pasado y la esperanza de salvación. Mandamientos, soldados, centralización, recortes y cajeros automáticos son, hasta ahora, los recursos de este bonapartismo democrático del siglo XXI.

⁴⁶ En las democracias “los hombres están muy inclinados a preocuparse solo de sus intereses particulares, siempre demasiado listos para considerarse solo a sí mismos y encerrarse en un individualismo estrecho que sofoca toda virtud pública. El despotismo, lejos de luchar contra esta tendencia, la vuelve irresistible... por decirlo de alguna manera, los amuralla [a los ciudadanos] en la vida privada. Ya tendían a separarse entre sí; los aísla; se vuelven fríos los unos con los otros; los convierte en hielo.” Alexis de Tocqueville, *L’Ancien Régime et la Révolution, Oeuvres complètes*, libro II, v. I (París: Gallimard, 1952), 74.